Antón Costas

El retorno del Estado nación

Por qué una buena parte de los votantes de las sociedades desarrolladas está apoyando a líderes populistas o autoritarios? Y ¿qué espera de ellos?

La distinción entre populismo y autoritarismo es cada vez más necesaria. El populismo apareció a partir de la crisis financiera del 2008, especialmente en el sur de Europa. Pero poco a poco están emergiendo líderes autoritarios, como en el caso de Polonia, Hungría, el Reino Unido, Francia, Alemania o Estados Unidos.

La atención pública está focalizada en la conducta y propuestas de esos nuevos líderes. Pero aquí me interesa la cuestión del porqué del apoyo que reciben.

Mi hipótesis es que sus votantes están demandando protección del Estado nacional frente a la incertidumbre económica y para revertir los efectos negativos que sobre sus condiciones de vida ha tenido la globalización económica de las últimas décadas. Los nuevos líderes populistas y autoritarios están dispuestos a utilizar el Estado para dar esa protección.

La globalización, es decir, la libertad de circulación de capitales y de comercio, ha tenido un impacto negativo importante en la vida de muchos ciudadanos. A través de dos vías. Por un lado, debido a la deslocalización de actividades industriales y la consiguiente pérdida de empleo. Por otro, por la caída continuada de los salarios reales. Este doble fenómeno ha afectado más a los ciudadanos que viven en las zonas y ciudades de los países desarrollados que tenían una especialización manufacturera. Y es de estas zonas de donde surge con mayor intensidad la demanda de protección del Estado.

Pero antes de ver la razón de esta nueva demanda permítame referirme a una cuestión intrigante. ¿Por qué los gobiernos socialdemócratas (liberales en Estados Unidos) no atendieron esas demandas? Existen dos causas. La primera fue el exceso de optimismo en los beneficios de la globalización. La creencia en que, tarde o temprano, acabaría beneficiando a todos. La fe en los beneficios de la globalización alimentó entre los socialdemócratas un optimismo dogmático que los cegó frente a sus consecuencias reales. Cuando fue evidente que no era así, utilizaron la falacia del fatalismo de las fuerzas de mercado y las políticas de competitividad basadas en la caída de los salarios. Cayeron así en la corrupción del poder.

> Los ciudadanos más afectados por la crisis demandan el retorno del Estado nación protector y benéfico

La segunda causa fue la confusión entre economía de riesgo y economía de incertidumbre. Esta es una diferencia importante. La distinción la introdujo el gran economista británico John Maynard Keynes. Las situaciones de riesgo se relacionan con sucesos conocidos sobre los que existen datos históricos que permiten calcular su probabilidad y frente a los cuales podemos cubrirnos comprando un seguro privado. Sucede así con los seguros de riesgo contra incendios, robo, accidente o de tipo de cambio. Esos riesgos no frenan el funcionamiento normal de la economía.

Por el contrario, las situaciones de incertidumbre bloquean la economía. El motivo es que la incertidumbre no permite identificar los peligros que tenemos delante. Es como conducir por una carretera y encontrarse de pronto con una intensa niebla. La prudencia aconseja pararse a un lado y esperar a que despeje. Lo mismo ocurre con la actividad económica: la incertidumbre bloquea las decisiones de consumo e inversión y lleva a la recesión y el desempleo.

Al contrario que ante las situaciones de riesgo, contra la incertidumbre no es posible cubrirse con seguros privados. Son necesarios seguros colectivos y la intervención del Estado. Esa fue la razón de que después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial apareciese, por un lado, la política keynesiana de fomento de la inversión y de la demanda para sacar a la economía de la recesión y del desempleo. Y, por otro, los seguros sociales del Estado de bienestar (desempleo, sanidad, pensiones). Es decir, la aparición del Estado nacional en su función de fomento de la economía y de protección de los ciudadanos frente a la incertidumbre.

Después de dos décadas en que el optimismo hizo pensar que había desaparecido, la economía de la incertidumbre ha vuelto con la crisis financiera del 2008. Con ella se ha perdido la confianza en la globalización y en las instituciones supranacionales, como la Unión Europea. De ahí que los ciudadanos más afectados demanden el retorno del Estado nación protector y benéfico.

El reto es cómo reconciliar el mantenimiento de una globalización y una integración europea razonable con el retorno del Estado nación. Es un reto que conviene no dejar en manos de los nuevos líderes populistas y autoritarios.●

JORDI BARBA

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Sostenella

Aunque se han movido algunas piezas, han cambiado los equilibrios parlamentarios y, sobre todo, se ha resquebrajado el esquema bipartidista que, desde la transición política, había definido la política española, a pesar de todos los terremotos, nada ha cambiado con respecto al conflicto catalán. Acaba el año tal como empezó, con la mentalidad del frontón, la represión sistemática, la nula capacidad de hacer política, y un "Fuenteovejuna, todos a una" de los partidos españoles (a excepción única de Podemos), que, ante España, actúan con la mentalidad imperial que ha definido al Estado desde su nacimiento. Es decir, ni conservadores, ni socialistas, ni derechas, ni izquierdas, ni centros escasos, ni extremos poblados, no hay ni pluralidad, ni heterodoxia, ni modernidad, sino un único pensamiento, de corte contrarreformista, que ante el conflicto catalán no tiene ningún escrúpulo en estresar, agujerear y a menudo dinamitar el Estado de derecho. Acabamos, pues, el año con una estridente *operación diálogo* tan ruin y falsa como pomposa y ruidosa, y para que no nos despistemos, lo acompañan con detenciones policiales y fechas de juicio...

Dado que nada es nuevo, sino al contrario, es un guion de siglos que parece que los políticos españoles se hacen encima, antes de salir de casa, no hay mucho que analizar, más allá de los detalles y las contingencias de cada momento. En este caso, y de manera especial, el patético papel que ha decidido desempeñar el PSC, atrapado en un territorio de servidumbre que lo obliga, día tras día, a hacer de burro de carga de la obsesión uniformizadora del PSOE. Ya no hay que preguntarse dónde está aquel socialismo catalán que tanto ayudó a consolidar los derechos de Catalunya y que fue clave en la defensa del idioma y de la identidad. No hace falta, porque aquel socialismo catalanista huyó de las siglas, a la vez que lo hacían los insignes socialistas catalanes que las abandonaron y las dejaron vacías de contenido y de esperanza.

> El PSC está atrapado en un territorio de servidumbre, haciendo de burro de carga de la obsesión del PSOE

Pero incluso aceptando que el PSC se haya quedado en el esqueleto de lo que fue, ¿había que ir tan lejos en la renuncia? ¿Tan lejos, agachando la cabeza, poniéndose de rodillas y demostrando que es un partido buen chico, servil con los intereses del Estado hasta el punto de llegar a la delación de líderes catalanes? La imagen del diputado del PSC yendo al juzgado a consolidar la denuncia contra Carme Forcadell, la presidenta de su propio Parlament, es la metáfora extrema de esta vergüenza que hunde al viejo partido catalanista. Hoy es una caricatura de lo que fue, una broma de mal gusto, el esperpento, tomando prestado a Valle-Inclán, en que se transforman los héroes cuando pierden la grandeza. Lo es tanto, que ni siquiera aceptan el carácter de nación de Catalunya si no es acotada a la idea *sentimental*, tal como me aseguró Iceta en una entrevista con Cuní. Es decir, nos dejan ser emocionalmente nacionales, pero nada de serlo legalmente. Tanta generosidad, ciertamente, impresiona. Impresiona de pena.●

Jordi Llavina

El Carner de Coll

Acaba de llegar a las librerías una obra de una enorme trascendencia, que debería hacernos sentir orgullosos de verdad en cuanto que catalanes: el primer volumen de la edición crítica de la obra de Josep Carner, al cuidado de Jaume Coll. Se prevén ocho volúmenes, ¡ahí es nada! El que abre la serie abarca los libros de poesía publicados entre 1904 y 1924 –por lo tanto, de *Llibre dels Poetas* a *La inútil ofrena*–.

La poesía de Carner constituye, para muchos, entre los cuales me cuento, el más alto logro moderno en este género y en la lengua de Ausiàs March. Carner escribió mucho, y reescribió todavía más, fruto de su obsesivo afán de perfeccionismo. Es por eso por lo que su obra lírica sufrió numerosas modificaciones de todo tipo, producto de "la insistencia del poeta en la revisión o reescritura del texto", con la intención de mejorar siempre la obra, de depurarla más si cabe. En su introducción a este magno volumen, Coll cuenta que a Carner "le interesa muchísimo más escribir nuevos poemas que copiar y releer los antiguos, una *infinita molestia*". Y, sin embargo, el *príncipe* no rehuyó jamás dicha "infinita molestia", no depuso nunca su compromiso: y el fruto más sabroso de ese compromiso radical –modelo de conciencia máxima de un escritor– es el volumen *Poesia, 1957*, obra fundamental de la literatura catalana de todos los tiempos.

Jaume Coll se ha pasado "no menos de treinta años de búsqueda, de trabajo sin tregua, de tener siempre el mismo proyecto en la cabeza" (¡y nada hace sospechar que, de ahora en adelante, cambie nada en su vida respecto a esta obra colosal!). El esfuerzo, del que ahora admiramos el primer mojón, ha costado muchos años de sudor y muchos quebraderos de cabeza ("pero es que no hay gozo sin un daño sutil"). Debemos estarle muy agradecidos. El mayor poeta de nuestra tradición empieza a tener lo que tanto exigíamos: una obra crítica a la altura de su excelencia, hecha con criterios científicos sólidos, que va a restituir a los versos su "verdadera vestidura". De estos volúmenes va a disfrutar cualquier lector de poesía. Algunos de ellos acaso descubrirán por ver primera el caudal luminoso de la obra carneriana (¡qué suerte!). Acaso harán como el poeta: "Veré a través de la ventana la calma del paisaje". Y acabarán dándole toda la razón cuando rubrica: "Yo seré un buen notario repleto de eternidad".●